

DE CÓMO MARTÍN ANCA-ARINNO COMPRÓ SU FUTURO, PERO A CAMBIO APRENDIÓ PARA EL FUTURO

Maite Ruiz de Azua

Con un real de plata difícilmente comprarán su destino, y lo puedo asegurar por propia experiencia. Tenía yo trece años y me consideraba hombre afortunado en el preciso sentido de la palabra, por haberme hecho merecedor de una pequeña fortuna tras haber servido en algunos recados a cierto caballero que desembarcó en nuestro puerto. Un maravedí era más de lo que podía soñar cualquier mozo de la Villa y ser poseedor de un real me hacía sentirme como el hombre más rico de la tierra. Por supuesto ni se me pasó en ningún momento por la mente mencionar en casa la existencia de la moneda, pues hubiera pasado de inmediato de mi bolsillo a la bolsa de mi madre; así, incluso dormido mantenía el puño cerrado tan fuertemente que no tardó en quedármese en la palma de la mano la forma de la moneda cual si de una marca de nacimiento se tratara.

Yo creía que poseer este dinero daba un aire importante a mi persona, casi incluso poderoso diría yo y por otra parte no encontraba cosa lo suficientemente interesante como para merecer una inversión de tal medida.

Así anduve yo como un mes, con un real que más que moneda empezaba a parecer miembro inseparable de mi persona. Mas ocurrió que a finales del mes de julio llegó a nuestra Villa un grupo de titiriteros, los comediantes más estafalarios y divertidos que había visto yo hasta entonces, que no eran muchos a decir verdad. Los chicos les hicimos una entrada triunfal, casi como si de la corte real se tratara. Fue Peru, el de Gaztañedo, quien nos dio el aviso de la llegada de la comitiva. Y es que en cuanto los vio, dejó tirada en mitad del

campo la azada con la que trabajaba y desoyendo las voces de su padre: “*Vuelve aquí, holgazán, vuelve aquí, sinvergüenza, que mira que como te agarre se te van a quitar las ganas de irte por ahí de fiesta. ¡Peruuuuuuu!*” Pero Peru de ninguna manera tenía intención de tomar la azada de nuevo y es que ya había salido disparado ladera abajo, dando voces tan altas como las que lanzaba su padre en la huerta. Atravesó la Villa por la puerta de Navarra dando a conocer a todo el mundo la llegada del extraño séquito, y es que Rentería pese a ser lugar de tránsito de barcos y mercaderes, no era un lugar al que llegaran habitualmente cómicos. Entró por una de las puertas y salió corriendo por la otra, la que daba al muelle y siguió dejándose el resuello por el arrabal de la Magdalena, quedó atrás la ermita y el astillero del mismo nombre y fue en nuestra busca a la regata que llaman de Pontica, donde las más de las tardes de verano pasábamos dedicados a la captura de ranas, pequeños peces o a chapotear alegremente si el calor apretaba. De buena gana también mi padre me hubiera arrancado las orejas, tal y como se proponía a hacer el de Peru, pero en mi caso lo de meterme en cintura ya lo habían dejado por empresa imposible de realizar. Sólo que desde que me había embarcado por primera vez con mi tío Lope bajo las órdenes del capitán Machino se habían calmado los ánimos y sólo esperaban la pronta reparación del galeón *Guipúzcoa* para que me volviera a hacer a la mar. Entre tanto, la caza y captura de ranas seguían siendo objeto de mi dedicación absoluta, junto con los encargos que me pedían las gentes de la Villa, pues ligero como era de piernas, al punto los cumplía con prontitud.



Llegó tan jadeante el bueno de Peru que éramos incapaces de entender ni media palabra de lo que quería decirnos, y entre los urfs, bufs, y grurfs al final fuimos capaces de entender algo de lo que articulaba y de ahí dedujimos la llegada de la comitiva saltimbanqui. Las ranas quedaron para otra ocasión y dejando atrás a Peru que era incapaz de recuperar el aliento, partimos prestos de nuevo a la Villa. Hacían su aparición por el llamado paso de Mikelazulo cuando arribamos a la plaza. Y ya entonces, el que había encabezado la comitiva se hallaba en el centro de la misma dando grandes voces para congregarse a los habitantes de Rentería. Era un tipo pequeño y rechoncho con la nariz coloradota, vistosos ropajes de llamativos colores, pero lo que más nos llamó la atención fue el pequeño mono que llevaba encaramado en el hombro y que hacía las delicias de grandes y pequeños, bueno eso hasta que a mi amigo Andrés se le ocurrió tirarle de la cola, y fue tal la escandalera que montó en animal, que hubo gente que partió rauda de la plaza pensando que estaba

endemoniado, y a algunos de los que allí permanecimos, nos dejó, a causa de sus sacudidas, sus pulgas pegadas al cuerpo.

De entre aquellos truhanes, sin embargo, no fue ni el mono, ni el juglar que contaba episodios heroicos e historietas cómicas, ni el comedor de fuego siquiera los que más atrajeron mi atención, sino una vieja medio gitana medio bruja, que me dejó hechizado con su palabrería y con una mirada que me entró por los ojos, me atravesó la mente y salió por mi cogote, y me leyó los sesos de tal manera que yo la creí poseedora de todos mis secretos, de todos los pasados y aún más los que habrían de venir, y es que el reluciente real que había visto jugar en mis manos le dio puertas abiertas a todos los misterios del mundo y aquella que yo había juzgado mirada adivinadora de todo lo posible e imposible no era sino la llamada de la codicia, que por mis pocos años y el gran deseo mío de alcanzar los mayores honores y glorias en esta vida me impidieron interpretar en su justa medida.

– “*He aquí un joven valiente y arriesgado*”, me saludó adulándome delante de los asistentes, “*he aquí un joven cuyas empresas han de alabarse en los años venideros, cuyo nombre en esta Villa no dará en el olvido. Yo le auguro grandes glorias, mas ha de ser él quien se procure fortuna, en su mano queda el dar con el camino certero para todo logro. ¡Ah, sí! Y tal vez la vieja Catalina pudiera augurarle un buen futuro, si él dispusiera, ¿eh, hijo mío?*”

Su sonrisa sin dientes me puso tal temblor en las piernas que casi me tiró al suelo. Y yo les juro que crecí por momentos, y ya me veía casi reverenciado por la Villa de Rentería, lleno de honores y loas, y mucho más ante aquellos mis amigos, que me contemplaban con la boca abierta, olvidados de que tan sólo hacía breve tiempo había compartido el mismo charco de ranas y casi con la duda de si habrían de empezar a tratarme de excelencia. Yo, capitán del más bravo galeón conocido en los mares, tal vez más afamado que el capitán Machino, o quizá yo embajador del emperador en las Indias, porque, sinceramente, los cargos eclesiásticos no estaban hechos para mí, ni aunque me ofrecieran ser nuncio del Santo Padre, y en cuanto a escribano de su Majestad u otro oficio de Letras lo juzgaba terriblemente aburrido. ¡Ah, en cambio, conquistador de nuevas tierras, soldado imperial o rico comerciante en el Lejano Oriente! ¡Eso sí! ¡Su Excelencia don Martín de Zabala! ¡Capitán *Anca-Arin*! ¡qué dicha ser nombrado de tal guisa!

Tras su presentación en la Villa y la recaudación de algunas monedas y viandas marcharon por el arrabal de la Magdalena, en busca de un lugar adecuado para acampar y éste fue junto al molino de Arrano Mendi, muy próximo a aquella regata donde habíamos tenido noticias de su llegada. Les aseguro que en toda la jornada anduve como hechizado, las palabras de la vieja me cruzaban una y otra vez la cabeza, entraban por un oído y salían por el otro y me rondaban de nuevo. Eso junto a los fantasmas de la imaginación, de los cuales no andaba yo precisamente escaso, hicieron que entrara en tal estado febril que dio pensar a mi madre que había enfermado de gravedad, sobre todo cuando me retiré a mi lecho sin haber probado ni el talo ni el queso y ni siquiera un sorbo de leche. Grave debía de

estar realmente para hacer una cosa así. La noche la pasé sin pegar ojo, ora dando órdenes a la marinería, ora combatiendo a indígenas cobrizos que me lanzaban dardos venenosos desde algún lugar de la vegetación, otras veces era un *Anca-Arin* altanero el que entraba en la Villa de Rentería en rica cabalgadura, causando la admiración y aplauso del vulgo, rodeado de fieles caballeros y hermosas damas, como si del mismísimo Carlos V se tratara.

Todo ello imaginaba, pero de todo ello dudaba, y si no daba con el camino a seguir, y si fuese esto, pero y si fuera lo otro, y cuanto más pensaba más insegura veía mi cabeza, y si acaso no supiera yo cómo alcanzar esas glorias, y si tuviera delante la oportunidad de mi vida y por no reconocerla la dejara pasar y si tenía razón la vieja gitana y habría yo de acabar mis días en esta Villa, sin haber conocido otras tierras y sin haber medrado en nada por falta de agudeza. Y si la fortuna me estuviera llamando ya y yo mientras tanto cogiendo ranas, pero ¿cómo la reconocería? Y el placer de inventar glorias futuras empezó a sustituirse por la angustia del carácter ligero y despreocupado de mi persona y casi empecé a lamentar ser tan *anca-arin*, y tan *buru-arin*, autor de mi propia ventura y mi propia desgracia. Y por eso mismo habría de ser toda mi vida criado de otro, o acabar pese a todo, sudando en una herrería o en el peor de los casos y por no servir para oficio alguno, convertirme en un ser errabundo y solitario. ¡Ay qué desgracia más grande!

De tal manera caí de las mieles de la gloria al suplicio de la penosa miseria, y era tal mi angustia que salí sin probar bocado de casa, con aspecto tan abatido que mi madre se convenció del todo de que algún mal me rondaba. “*¡Válgame el cielo que este chico está malo y mucho!*” A lo que mi padre repuso sin dar importancia que más que de enfermo tenía cara de penitente, con lo cual sospechaba que alguna diablura mía no tardaría en llegar a sus oídos, y con tal motivo penaba yo ya por los azotes que habría de recibir en casa. Y yo sintiéndome el más desgraciado del mundo.

No tardé mucho en aproximarme al lugar de Arrano Mendi donde me topé con el campamento que habían levantado los comediantes. Los encontré felices de la vida, sonrientes y despreocupados, o así me lo pareció en aquel día en que hasta las

ranas del arroyo se me semejaban los seres más dichosos. Me llegué hasta ellos y antes de que pudiera abrir la boca, la gitana me atravesó los sesos de nuevo con la mirada: “¡Mirad el mozo, salud al futuro excelente caballero! No, no, permaneced en silencio y dejadme adivinar si acaso este joven no ha de perder ocasión de entregarse a la vieja Catalina! ¡Ven aquí, muchacho, aquí que te diga tu ventura y porvenir, tu gloria!” Y yo embobado, que les juro que así me tuvo hechizado y hasta tropezaba con los guijarros del camino, que mis pies se habían trocado torpes y pesados.

Y fue entonces que me dijo que habría de abrirme las puertas de mi porvenir, pero hijo, todo tiene su precio y le brillaba el ojo al mirar mi moneda y pese a que me dolía desprenderme de mi real de plata di por bien invertido el dinero. Al momento me dio no sé qué bebedizo que me hizo entrar en un extraño sopor, y una especie de mareo que no sabía decir si se debía al embrujo o a la visión que tenía de mí mismo a bordo de un navío en plena tempestad, y me vi lanzado por la borda a causa del tremendo oleaje, mas por fortuna pude asirme a un madero que me libró de morir ahogado; al cabo ya era de día y un barco de bandera portuguesa me había recogido del mar. Y fue su capitán el que me dio a elegir desembarcar en el puerto de Funchal donde podría permanecer por un tiempo en casa de su hermano Joaquim, gobernador de las islas de Madeira, hombre digno de la confianza del rey Joao I, con gran influencia en la corte portuguesa y con inestimables contactos en la española, y siendo yo, según parecía, chico despierto y astuto tal vez pudiera medrar a su servicio. Mas si era mi

deseo continuar viaje con ellos navegaríamos hasta las Indias y quién sabe lo que las nuevas tierras pueden ofrecer a un mozo arrojado y ambicioso, y yo, señores míos, que a punto estaba de forjar mi historia, me desperté sin haber resuelto la cuestión. Y aunque fue gozoso mientras duró, por más que insistí no logré de la vieja que me diera a beber de nuevo su poción, que enturbiaba la mente de por vida, me aseguró con su mirada de bruja, y que el pago del real no habría de darme más noticia sobre mi futuro, mas si yo era mozo listo sabría aprovecharme de lo que había vislumbrado.

Tan abatido como había llegado abandoné el campamento de los trotamundos, de nuevo pobre y además embaucado. Mas he de añadir que aquella martingala que entonces me dejó tan desanimado, ha sido lo que me empujó a esforzarme en la vida, pues nunca cedí en el deseo de verme afamado, y por ello procuré sacar provecho de toda ocasión que me ofrecía el destino, convencido de que éste habría de serme propicio. Jamás fui arrojado por la borda en medio de la tempestad, ya que me agarraba con uñas y dientes entre el oleaje, pues el pensamiento de poder morir ahogado era más fuerte que el de poder ser socorrido por un navío portugués. No obstante, las palabras de la vieja me sirvieron de aliento y no he de quejarme de los derroteros que me condujeron a mi actual situación, desahogada y satisfactoria; que en todo momento decisivo volví a sentir la mirada de la vieja Catalina atravesándome la mente y las mismas palabras que me dirigiera en la plaza resonaban en mi interior, pues al fin y al cabo aprendí que cada cual forja y hace realidad sus propios sueños.

